

¡Haber padecido tanto durante veinte años, haber muerto en el Chaco tal cantidad de hombres valerosos, para llegar tarde! . . . ¡Acabaron, para siempre, las riquezas que habían dado su nombre al río de la Plata! ¡Se desvanecieron los tesoros espectrales que á tantos europeos entusiasmaron, haciéndoles remontar las aguas del Paraná! En adelante, los españoles, concentrados en el Paraguay «por estar más cerca de la entrada de la Sierra, con sus minas de metales preciosos», iban á reconocer que se hallaban en un callejón sin salida, aplastados contra el Chaco hostil, y con un movimiento salvador de retroceso habían de buscar nuevamente las puertas del Océano, avanzando corriente abajo para fundar primeramente á Santa Fe y luego á Buenos Aires.

El fracaso de la última expedición de Irala demostró lo aislados del resto del mundo que vivían los colonos de Asunción. Hasta las noticias de España las ignoraban. Nueve años antes se había completado la conquista del Perú, tanto el Bajo como el Alto, peleándose sus dominadores en sanguinarias guerras civiles. Todos en el mundo conocían estos sucesos; todos, menos los españoles del Paraguay, que, geográficamente, eran los vecinos más próximos.

Cuando Ayolas marchaba por el desierto en busca de la Sierra de la Plata, Almagro, de vuelta de su expedición á Chile, apoderábase del Cuzco. Cuando Irala fracasaba por las lluvias en su intento de atravesar el Chaco, Pizarro, enterado en Lima de las famosas riquezas de los Charcas, ordenaba la invasión y conquista de dicho territorio.

Irala debió quedar anonadado por la desilusión y sentir al mismo tiempo una justa envidia. La ansiada riqueza era para otros que la buscaron con menos esfuerzos. ¡Haber peleado personalmente trece años y algunos de sus compañeros veinte (1), en más de once expediciones; sufrir la sed, el hambre y las flechas envenenadas; dedicar toda una existencia á la difícil empresa para, en la hora del triunfo. . . , llegar tarde!

### III

#### LA ÉPOCA DE DON JUAN DE GARAY

Irala falleció en 1557, á los setenta años, después de veintidós de incesantes fatigas. Su conducta no fué claramente leal en las revueltas que acabaron con la autoridad de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; pero aparte de esto, procedió como un gobernante hábil y progresivo. Él reorganizó todos los servicios de la colonia, fundó las primeras escuelas del país é hizo que el Cabildo funcionase como un organismo de gobierno, sacándolo del dominio de los bandos. Fué el primer legislador platense, y su solicitud por los indígenas igualó á la de Alvar Núñez.

Muerto Irala, le sucedió en el gobierno su yerno Gonzalo de Mendoza; pero éste falleció al año siguiente, y entonces, por voto popular, fué elegido gobernador, capitán general y justicia mayor de los territorios de Río de la Plata, Francisco Ortiz de Vergara. Como éste pasó mucho tiempo en la ciudad de Charcas, desempeñó interinamente el gobierno de la Asunción Juan Ortega. Debía la corona ratificar desde España este nombramiento ó designar otro gobernador, y Don Juan Ortiz de Zárate, rico hacendado de Charcas, establecido en la naciente ciudad de Chuquisaca, de la cual eran suyas la mayor parte de las casas, solicitó el cargo de tercer Adelantado del Río de la Plata.

(1) Con Irala iban algunos de los antiguos compañeros de Gaboto.

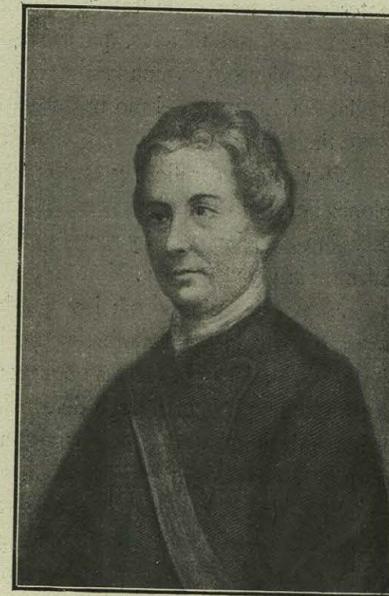
Entonces fué cuando apareció en las tierras de este gobierno el hombre más importante de la colonización platense, el ilustre Don Juan de Garay. La colonia, una vez desvanecido el fantasma de las riquezas del Noroeste, necesitaba retroceder, salir del aislamiento del Paraguay, esparcirse río abajo hacia las puertas del mar por donde había entrado, y esta empresa exigía un hombre, que fué Garay.

Hasta entonces el río de la Plata sólo había sido un camino para los navegantes y soldados que seguían tierra adentro en demanda de las minas. Sus riberas estaban tan inexploradas como en tiempo de Solís. Los indígenas, luego de destruída Buenos Aires, contemplaban impasibles desde la orilla las carabelas y bergantines, aves de paso que con sus blancas alas desplegadas, ó moviendo las innúmeras patas de sus remos, deslizábanse hacia el interior.

Después de cuarenta años de sangrientas exploraciones y de ciudades malogradas, el indio seguía dominando las riberas del extenso y bello estuario. Los navegantes llevaban en su retina intracerebral imágenes de montañas de plata, de poblaciones deslumbrantes, y no podían sentirse atraídos por las costas verdes y salvajes del Plata. Causaba en ellos cierta admiración el río caudaloso y magnífico, las innumerables islas del delta, jardines flotantes sobre los que revoloteaban bandas inmensas de aves de plumaje multicolor. Los ánades silvestres nadaban en los remansos claros y nítidos como espejos; el loro aleteaba en las espesuras; las bandas de monos saltaban de copa en copa, revolucionando con sus escándalos el frondoso ramaje; el papagayo cortaba el silencio con sus chillidos guturales; los antas, los venados y los cerdos monteses correteaban por la selva. En el espacio comprendido entre la desembocadura del Plata y la Asunción escalonábanse diversas vegetaciones, desde la templada hasta la tropical. Numerosas tribus «de distinta generación», sanas y robustas, vivían primitivamente en sus riberas, favorecidas por la dulzura del clima y la exuberancia de la tierra.

Gaboto y Mendoza no habían podido sostener en estos territorios las miserables aldeas fundadas por ellos, á causa de que las tales poblaciones sólo eran lugares de paso, etapas fortificadas en el camino de las minas del interior, que consideraban su verdadera ruta. No habían intentado una colonización firme y duradera en el Plata. Sus miras iban más allá, hacia el interior del continente. Garay fué el primero que deseó establecerse en las riberas del gran río, apreciando éstas por lo que eran y no como lugares de paso; procurando el fomento de la ganadería, la agricultura y el comercio; deseando, en una palabra, crear pueblos y no simples fortines que sólo podían servir de base á operaciones de guerra.

Garay fué un español americanizado. Salido de España cuando era casi un niño, para no



DON JUAN DE GARAY (1)

(1) Este retrato de Garay, el único que se conoce, resulta de una autenticidad dudosa. Su traje es distinto á los de la época, y su rostro no está de acuerdo con el tipo ideal que nos hacen imaginar las heroicas hazañas del fundador de Buenos Aires. Más bien parece el retrato de un jesuita colonizador de las Misiones.

volver nunca á ella, mostróse entre todos los caudillos de la conquista el más apegado á su tierra de adopción. Sus frecuentes correrías por el Perú, Bolivia, Paraguay y la actual tierra argentina, sus largas permanencias en los bosques vírgenes y sus navegaciones por los ríos, hicieron de él el más ilustre de los *baqueanos*.

Yo no puedo imaginármelo como un apuesto y galán caballero de los tiempos de Felipe II, con labrada coraza, gregüescos de seda y casco repujado. Vino demasiado joven á América, desde una pobre aldea vasca, para haber adquirido los refinamientos cortesanos ó la arrogancia soldadesca de otros conquistadores, antiguos gentilhombres de los reyes de España ó combatientes en los tercios de Italia y Flandes. Garay más bien fué semejante á sus actuales compatriotas vascos y castellanos, que salen pequeños de sus pueblos, faltos de cultura, pero avispados de entendimiento, con una recomendación para algún pariente que vive en América, y una vez en ella, empiezan tras el mostrador su lenta ascensión, sin desmayos ni arrepentimientos, hasta convertirse en millonarios.

No vino para traficar y enriquecerse; siguió la carrera de su época; fué conquistador y colonizador, pero en estas empresas hizo patente el mismo carácter ordenado, metódico, sin prisas y sin vacilaciones, leal y recto, que muestran los de su raza en los negocios y empeños comerciales de la vida moderna. Yo me lo imagino con las facciones tostadas por el sol; la barba y la melena en espeso matorral; los ojos inteligentes é imperiosos bajo unas cejas polvorientas; la coraza empañada y herrumbrosa por las humedades de los ríos y los relentes de la selva; las piernas defendidas por fuertes botas para las marchas por pantanos y espesuras; la cabeza bajo la sombra de amplio chambergo deformado por soles y aguaceros, pues no era el casco, fuera de las horas de combate, apropiada cobertera para las marchas subtropicales; y la capa española sobre el férreo pecho, modificada en su prendido hasta convertirse en poncho americano.

El gobernador Don Juan de Garay tendría en las ceremonias oficiales de la Asunción todo el empaque majestuoso de un representante del Rey, compatible siempre con su carácter afable y patriarcal; pero el explorador de las selvas, el capitán guerrero que tantos combates sostuvo con los indígenas ribereños, debió ser por su aspecto y género de vida el primero de los gauchos, el glorioso abuelo de los rudos jinetes que luego se extendieron por las pampas, mezcla briosa de pastores y de soldados.

Garay nació en Villalba de Loza, pueblo humilde de las Vascongadas, fronterizo á la provincia de Burgos. El fundador de Buenos Aires tenía en su carácter las buenas condiciones del vasco y del castellano. Todo es incierto y oscuro en el primer período de su vida. Sólo se sabe, por confesión que hace Garay en un pleito, la fecha de su nacimiento: 1529. Su historia es la de un héroe que nace obscuramente y se desenvuelve en un continente alejado todavía de la civilización. Se conocen sus hechos, pero se ignora gran parte de su vida. Se sabe únicamente que su tío, el licenciado Don Pedro Ortiz de Zárate, que pasaba al Nuevo Mundo como Oidor, propuso á sus padres llevarlo á América cuando sólo tenía catorce años, y que aquéllos accedieron con la esperanza de que hiciese fortuna.

Embarcóse el pequeño Garay en la expedición del virrey del Perú Don Blasco Núñez Vela, salida en 1543, y al año siguiente llegó á Nombre de Dios (Panamá). Allí se quedó el Oidor Ortiz de Zárate con su sobrino algún tiempo, y luego trasladóse á Lima. Garay, aunque educado entre gentes de toga, sentía una irresistible vocación por la espada, como todos los hombres de su época. Al poco tiempo fué con Núñez del Prado á poblar el valle de Tarija. Luego estuvo en Charcas con el capitán Manzo, tomando parte en las expediciones al país de los Chiriguano y llanuras de Condonillo. Más tarde, siguió á Velázquez hasta el paso de Atacama, y según una *Relación* de la época, «fué de los primeros pobladores y de los que más tra-

bajaron y gastaron en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, fundada en 1561 por Nuño de Chaves. . . Él fué el primero que metió ganado vacuno en dicha provincia, y como persona principal y hombre valeroso, se le encargaron siempre las cosas más honradas y dificultosas de la guerra, de las cuales salió siempre victorioso».

En Santa Cruz de la Sierra contrajo matrimonio con Doña Isabel de Becerra y Mendoza y tuvo varios hijos. Su fama de honradez y pericia se extendió entre los españoles hasta llegar á la lejana ciudad de la Asunción. Era ya gobernador del Río de la Plata Don Juan Ortiz de Zárate, el rico hacendado de Charcas, y éste, por mediación de su teniente Felipe de Cáceres, le ofreció el cargo de alguacil mayor de dicha gobernación. Aceptó Garay, y levantando su casa de Santa Cruz de la Sierra, con numerosos criados y soldados españoles que quisieron seguirle, emprendió el camino de Asunción. Iba á empezar su verdadera existencia. El futuro repoblador de Buenos Aires no llegaba al Río de la Plata por el Océano. Procedía de las costas del Pacífico, y un éxodo de colonizadores había de seguir sus huellas durante dos siglos. Tal fué el curso que tomó la inmigración al ponerse en contacto las dos corrientes de exploradores que, tras grandes esfuerzos á una parte y á otra del continente, acabaron por tropezarse en la tierra de los Charcas.

Cuando Garay llegó á la Asunción, estaba ausente el gobernador Ortiz de Zárate. Debía éste su nombramiento al virrey del Perú, y creyendo que no revestía bastante legalidad, se había embarcado con rumbo á España para solicitar la ratificación del cargo. En su ausencia gobernaba la colonia, como teniente, el inquieto y atrabiliario Felipe de Cáceres. Al llegar Garay, andaba Cáceres en tremendos pleitos con el obispo La Torre que, según parece, acaudillaba á sus enemigos.

Desde la época en que fué depuesto Alvar Núñez Cabeza de Vaca, había un partido hostil á Cáceres, compuesto de descontentos, amargados por sus tropelías, y de antiguos devotos del segundo Adelantado. El obispo excomulgó al gobernador Cáceres, y éste, á su vez, declaró al prelado «suspense é inhábil para ejercer las funciones episcopales». Además, prohibió que se proporcionasen alimentos al obispo, tapiando las puertas y ventanas de su casa; y un caballero sevillano, Pedro de Esquivel, antiguo poblador de Buenos Aires, que pretendió quebrantar la orden, fué ajusticiado inmediatamente. Tan violenta se hizo la situación, que el pueblo acabó por sublevarse, poniendo en prisión á Cáceres.

Garay manteníase aparte, disgustado por estas revueltas. Su pensamiento se ocupaba en cosas de mayor importancia. Dábase cuenta de la estrechez y aislamiento de la colonia establecida en la Asunción.

— Hay que abrir puertas á la tierra y no permanecer encerrados — afirmaba pensando en el Río de la Plata, que aún no conocía.

En esto llegaron noticias á la Asunción de que Ortiz de Zárate estaba ya de vuelta de España. Por una capitulación celebrada en Madrid con Felipe II, recibía el título de Adelantado, tan ambicionado por él, con obligación de que sus derechos pasasen á su hija Juana, habida con una india, y de la que ya hablamos.



SOLDADOS ESPAÑOLES DE LA ÉPOCA DE JUAN DE GARAY  
(Grabado antiguo).

Salió Ortiz de Zárate en Noviembre de 1572 de Sanlúcar de Barrameda con cinco grandes naos; en las que traía 500 hombres, entre obreros mecánicos y agricultores, 50 mujeres y gran cantidad de vacas, ovejas, cabras y caballos. Después de una penosa navegación, llegaron los buques á las costas del Brasil, echando anclas en la isla de Santa Catalina, donde se repusieron algo los expedicionarios. En Noviembre de 1573, un año después de haber salido de España, continuaron el viaje al río de la Plata, deteniéndose en la isla de San Gabriel. En ella encontró el Adelantado unas comunicaciones que le había dejado Cáceres bajo una cruz.

Pocos meses antes el gobernador interino realizó un viaje de exploración desde el Paraguay á la desembocadura del Plata, con la esperanza de encontrar á Ortiz de Zárate, que todavía estaba en Santa Catalina. En dichas comunicaciones le relataba Cáceres sus luchas con el obispo de la Asunción y otras revueltas de la ciudad, pidiéndole que acelerase el viaje para encargarse del gobierno. Aunque Ortiz de Zárate anhelaba lo mismo, no podía moverse de las orillas del río de la Plata por las enfermedades de su gente y el mal estado de los barcos. Echó á tierra parte de la expedición en un sitio inmediato á la actual Colonia, siendo socorrido por el cacique Zapicán, que le proporcionó víveres. Pero al poco tiempo los belicosos charrúas cayeron sobre él, entablándose una serie de tremendos combates, en los que perecieron muchos españoles. Para mayor desgracia, la pólvora de la expedición estaba mojada y los arcabuces tomados de herrumbre, pues Ortiz de Zárate, sobradamente medroso, no quería entregarlos á sus hombres, por temor á un motín.

Los españoles tenían que batirse cuerpo á cuerpo con las bandas indígenas, muy superiores en número y que hacían uso de las bolas arrojadas. Muchos fueron cogidos vivos de este modo, entre ellos el caballero extremeño Don Cristóbal de Altamirano, que estuvo cautivo hasta que Garay fundó á Buenos Aires en 1580. En otro de estos combates fué tan sobrehumano el coraje del soldado Domingo Lares, luchando solo contra muchos, que al caer vencido, los salvajes le perdonaron, curándole las heridas con gran amor.

Ortiz de Zárate no sabía qué hacer en esta situación desesperada. Unos cuantos jinetes españoles, al mando del capitán Ruy Díaz Melgarejo, se habían presentado á él días antes. Venían desde Asunción en un viaje por tierra, buscando noticias del Adelantado. Esta exigua partida le dió la noticia de que el capitán Juan de Garay se hallaba en el Paraná al frente de una expedición, y Ortiz de Zárate apresuróse, por medio de indígenas amigos, á darle aviso para que viniera en su auxilio, al mismo tiempo que se refugiaba en los buques.

Antes de embarcarse el Adelantado con su gente, huyendo de los charrúas, entregó al cacique guaraní Yamandú, que se ofrecía como amigo, varios documentos para que los hiciera llegar á manos de Garay. Eran copias de las provisiones reales y un nombramiento de su propia mano, designando á aquél como lugarteniente de su gobernación. Las naos buscaron otra vez un refugio seguro en la isla de San Gabriel. Los charrúas apedrearon los barcos al alejarse. Uno de estos indígenas, gigantesco y membrudo, se metió en el agua hasta la cintura, retando insolentemente á los españoles. «Un tiro de arcabuz — dice un testigo — le cortó las razones y dejó allí muerto».

Mientras tanto, Garay estaba en el Paraná fundando una de las ciudades más antiguas de la Argentina, llamada al crearse San Fe de la Vera Cruz. Su viaje había sido motivado por una decisión del gobernador interino Martín Suárez de León, que reemplazó al depuesto Cáceres. Para apaciguar definitivamente la ciudad, el nuevo gobernador y todos los oficiales reales determinaron enviar presos á España, en una carabela, al inquieto Felipe de Cáceres y al no menos revoltoso obispo, medio seguro de dar término á las disensiones. Garay, como hombre ajeno á los dos partidos, recibió el encargo de escoltar la carabela río abajo,

hasta la desembocadura, fundando de paso algún pueblo en los sitios ribereños que le pareciesen más favorables. Para ello se le proveyó de alguna gente de á pie y á caballo, de un bergantín y canoas y balsas. Era lo que deseaba Garay para «abrir puertas á la tierra».

Ochenta soldados iban en junto con él, los más de ellos nacidos en el país. Los españoles establecidos en la Asunción, luego de la ruina de Buenos Aires, parece que fueron gente prolífica. La mayor parte de las solicitudes que dirigían al Rey y á su Consejo de Indias, eran para legitimar los numerosos hijos habidos con blancas y con indias, pues así podían heredar éstos los repartimientos y concesiones de que ellos gozaban. Algunos, después de una vida endiablada de aventuras, justificaban su prisa en legitimar la prole con la declaración de que iban á ordenarse de sacerdotes, queriendo pasar el resto de sus atormentados años en la plácida sombra de la Iglesia (1). Estos criollos, hijos de españoles, eran gente dura y amiga de guerrear, que seguía á Garay con entusiasmo.

Escoltando la carabela que llevaba á la Península á los dos mortales enemigos, bajó Garay hasta la laguna de los Patos (probablemente cercana al lugar que hoy ocupa la Colonia, en la banda oriental), y no habiendo obtenido hasta allí noticia alguna de Ortiz de Zárate, pues éste se hallaba aún reponiéndose en la costa brasileña, ó sea en la isla de Santa Catalina, regresó al Paraná, dejando partir la embarcación para su destino.

Explorando en su viaje de retorno la margen derecha del río, penetró en el Salado y luego acampó en un sitio llamado Cayastak, haciendo correrías por las inmediaciones y poniéndose en relación con los indígenas. Las muestras de cariño de éstos y la abundancia de víveres, así como la posición de la tierra, le decidieron á fundar allí una población, echando un domingo, 15 de Noviembre de 1573, las bases de la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz. Según declara Garay, le acompañaban en esta empresa «nueve españoles y setenta y cinco mancebos de la tierra, con cincuenta y cinco caballos, sesenta y cinco arcabuces, un verso con sus cámaras, la pólvora y pelotas (balas de piedra) y otros útiles».

La fundación de la histórica Santa Fe fué modesta, como lo fueron en sus principios todas las ciudades de origen español, que hoy son grandes y populosas. Garay, con arreglo á las instrucciones dadas por los reyes de España, revistió el acto de todo el ceremonial acostumbrado. Levantó una cruz, plantó el rollo de justicia, cortó hierba con su espada en señal de toma de posesión y redactó el acta del suceso.

(1) En una carta de Domingo Martínez al Emperador Carlos V, solicitando la legitimación de sus hijos, para que éstos no pierdan la propiedad de los indígenas que se le habían repartido por sus servicios, enumera dicho individuo en qué consistían estos servicios.

Además de haberse batido muchas veces con los indios, Domingo Martínez, antiguo estudiante venido en la expedición de Don Pedro de Mendoza, declara que fué el primero que construyó anzuelos en Buenos Aires, «invención que hasta el día de hoy ha redundado y redundará mucho provecho», porque sin ella, los sitiados no hubieran podido comer muchas veces. Luego, en la ciudad de Asunción, fabricó peines, «en tiempo que para peinarse la barba no alcanzaban los hombres un peine»; luego «cuchillos de rescate, amolados y encabados como los que traen de Flandes, agujas de coser y de labrar para mujeres y mestizas... y como al exprimir la caña de azúcar se perdía la cuarta parte, hice una rueda de madera, grande y muy pesada, para molerla».

Domingo Martínez se preocupa especialmente de sus hijas mestizas. Si él les deja algunos bienes podrán casarse con un cristiano. De no poder transmitirles su padre la fortuna irán á parar á manos de indios y «habrá lugar á lo que aquí nos cuentan los que saben de la Nueva España y los reinos del Perú, donde andan las mestizas en poder de los indios, sin ser conocidas ni poderse recoger, lo cual es muy gran daño, porque no solamente es daño de andar perdidas en lo que toca al cuerpo, que poco hace al caso, si no se perdiesen en el ánimo por contratar como contratan con bestias y fuera de toda razón y buen ejemplo, y desordenados en sus vicios sin corrección alguna».

Domingo Martínez, luego de asegurar la herencia de sus bastardos, quería hacerse cura.

El capitán hizo reparto de los solares, ordenó la construcción de un fuerte con torreones y dió principio al empadronamiento de los indios que vivían en la jurisdicción de Santa Fe, la cual abarcaba muchas leguas. Para conocer á todas las tribus residentes en el territorio, emprendió varias expediciones, llegando hasta las ruinas del antiguo fuerte Sancti Spiritu. Los indios le recibieron con aparente bondad en las riberas del Salado y el Paraná; pero Garay se hallaba muy avezado al trato con los indígenas; conocía sus astucias, y encontrando excesivas las demostraciones de su afecto, adivinó que le preparaban una celada. Iba engrosando la muchedumbre india en torno de su reducido grupo de soldados, y dispuso el embarque inmediatamente, salvándose de un desastre seguro por su perspicacia y conocimiento de los naturales. Apenas entraron los españoles en los barcos, ardieron hogueras de señal en todas las alturas, y compactas tropas de indígenas fueron llegando á la playa con ánimo de atacarlos. Su situación era apurada ante un número tan considerable de enemigos; pero un suceso novelesco, por lo extraordinario, cambió la faz de las cosas. Un tripulante había subido á lo alto del palo de un bergantín para vigilar los movimientos del enemigo por encima de las barrancas de la ribera. De pronto el marinero dió un grito de sorpresa, afirmando que veía un hombre á caballo persiguiendo á unos indios. Luego los jinetes fueron seis, y su número iba aumentando. El suceso hizo palidecer de emoción á Garay y los suyos. ¡Hombres á caballo! . . . Indudablemente eran españoles. ¿De dónde llegaban tan providencialmente? ¿Quiénes podían ser estos auxiliares inesperados? . . .

Los indios, no menos estupefactos por la presencia de los jinetes, creyéndolos aliados de Garay, huyeron ante sus corceles. Como los barcos estaban ocultos tras las barrancas, pasaron adelante los soldados sin verlos, persiguiendo á los indígenas, y fué preciso que Garay enviase á uno de sus indios para avisarles de su presencia.

Al llegar los jinetes á lo alto de la barranca, cambiaron sus saludos con Garay y la gente de sus buques. Eran españoles, soldados de Don Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador del territorio de Tucumán, que había fundado la ciudad de Córdoba al mismo tiempo que Garay echaba los cimientos de Santa Fe. Cabrera había despachado este pelotón de caballería para que buscara en el Paraná un punto de embarque que le pusiera en comunicación con España. Los soldados de Cabrera habían escogido dos días antes el puerto de San Luis de Córdoba, anexionándolo con todas las islas del río y veinticinco leguas por cada lado, á la gobernación de Tucumán. Calló Garay prudentemente ante tales noticias, que equivalían á un atentado contra su fundación, y cuando Cabrera, que estaba aún lejos, se enteró del encuentro y vino en busca de él, la entrevista fué cordial, pero reservada. Ni Garay quiso bajar á tierra ni Cabrera entrar en sus naves. Se separaron sin llegar á un acuerdo. Su rival le prohibía fundar pueblos en aquellos territorios, que consideraba como pertenecientes á la gobernación de Tucumán. Garay no dió una respuesta categórica, pues rodeado de tribus hostiles como estaba, consideró imprudente un rompimiento. Cuando algún tiempo después Cabrera, que se había vuelto á Córdoba, le envió á Onofre de Aguilar con 30 hombres para que le entregase Santa Fe, Garay dió una respuesta enérgica y negativa. Según Cabrera, el capitán del Paraguay no podía salirse de su jurisdicción. Pero á ello contestaba éste que el Paraná había sido descubierto por Gaboto, y los pobladores de la Asunción estaban autorizados por el Rey para el dominio absoluto del río y todas sus riberas.

Mientras ocurrían estas discusiones, se coaligaban todas las tribus del territorio, quiloazas, pairindíes, colastinés, mepenes y timbués, para caer sobre Santa Fe. La ciudad fué asaltada, y sus defensores, parapetados tras los bastiones, y haciendo jugar arcabuces y versos, realizaron una gran matanza. Garay, con una parte de la guarnición, salió á campo raso, y allí

reanudó el combate, causando á los indios nuevas pérdidas y haciéndoles huir escarmentados para mucho tiempo.

El mismo día de esta victoria entraron en el puerto de Santa Fe tres canoas de indios guaraníes, en una de las cuales llegaba el cacique Yamandú, portador de los pliegos que le había entregado en el Río de la Plata Ortiz de Zárate al huir á la isla de San Gabriel. Estos documentos eran, como ya se dijo, copias de las cédulas reales que autorizaban al Adelantado y á sus capitanes para fundar poblaciones desde el río de la Plata á la gobernación del reino de Chile, y además el nombramiento de lugarteniente que Ortiz de Zárate hacía en la persona de Garay. Tales noticias regocijaron al conquistador. Veíase elevado al más alto puesto de la colonia, y las cédulas del Rey le daban razón sobre las pretensiones de Cabrera.

\* \* \*

Luego de hacerse reconocer como teniente gobernador, emprendió Garay una expedición río abajo para auxiliar á Ortiz de Zárate, con 30 hombres y 21 caballos. Seguían la costa, llevando embarcados en balsas los caballos; pero Garay, que era implacable cuando juzgaba necesario intimidar á los enemigos, invadió de paso en son de guerra las tierras de los caciques que habían dirigido el ataque contra Santa Fe. La mayoría de éstos huyeron al aproximarse la expedición, buscando refugio en selvas impenetrables.

Aun aquí fueron á buscarlos los españoles, ocurriendo con este motivo un suceso romanesco (1). El soldado Carballo, natural de Galicia, era uno de los más valerosos y audaces entre los que tomaron parte en la conquista del Río de la Plata. Sabedor de que el cacique Yandubayá, gran enemigo de Garay, se había refugiado en un espeso bosque, lanzóse él solo en su persecución. Al encontrarse los dos hombres entablaron una lucha tremenda, cuerpo á cuerpo. Una india, llamada Liropeya, famosa en el país por su belleza y compañera de Yandubayá, acudió al ruido del combate, y su intervención hizo cejar á los dos enemigos en el empeño mortal. Al fin, cediendo á las seductoras peticiones de la india, el español y el cacique acabaron por hacerse amigos; pero Carballo, reparando en la belleza de Liropeya, quiso poseerla, aunque para ello tuviese que cometer un crimen. Aprovechando un descuido de Yandubayá lo atravesó con su lanza, y luego intentó apoderarse á viva fuerza de la india. Ésta, fingiendo acceder, le pidió que ante todo sepultase á su desgraciado amante, y cuando Carballo procedía á este trabajo, Liropeya le arrebató la espada, y atravesándose con ella el pecho, exclamó antes de morir: «¡Abre ahora otra fosa para mí!» Carballo huyó aterrado, llegando á la orilla del río cuando ya se embarcaban sus compañeros en las balsas, creyéndole cautivo de los indios en vista de su larga ausencia.

Antes de llegar Garay á la isla de Martín García, adonde se había trasladado Ortiz de Zárate, tuvo que sostener grandes combates con otras tribus ribereñas. En Abril de 1573 fué cuando se encontró al fin con el Adelantado y su gente, que se hallaba, después de tantas calamidades, en gran desaliento.

La desgracia había de perseguir hasta en sus últimos momentos la expedición de Ortiz de Zárate. Determinaron fundar una ciudad en las márgenes del río Uruguay, y una gran tormenta casi hizo zozobrar las naves cuando se dirigían al punto designado. Garay tuvo que bajar á tierra, y los charrúas aprovecharon la debilidad de los españoles para atacarlos en gran número. Jamás se vió Garay en situación tan apurada. Él y los suyos pelearon más por defender las vidas

(1) Este suceso lo cuenta José Luis Cantilo en su interesante libro *Don Juan de Garay*.